CAPÍTULO 3

Poesía en Bogotá: fin del siglo XX (1985-2000)

La poesía de la megápolis
¿Pose o necesidad?

Antonio Silvera

Al revisar la poesía sobre Bogotá, escrita por los autores nacidos alrededor de 1960 o que publicaron su primera obra después de 1980 y carecen de puntos de identidad con las generaciones inmediatamente anteriores, encontramos que para ellos, en general, la ciudad aparece como un ente que, único caso en el país, parece moverse al ritmo vertiginoso de la modernidad –así sea la cola de ésta–. Este hecho impregna, tanto temática como formalmente la poesía de la problemática característica de la megalópolis de esta época: anonimato, trivialidad, pesimismo, aislamiento, marginalidad.

Por eso, aunque en esta poesía aparecen en forma inevitable los elementos atmosféricos destacados en conocidos testimonios, como el de Carrasquilla a fines del siglo XIX (*frío, niebla, lluvia*), ya no hallamos la jovialidad de aquel Vidales que en *Suenan Timbres* celebrara con humor algunos de sus sitios más famosos que se transformaban o surgían según las exigencias de los nuevos tiempos (la Carrera Séptima, la catedral, el Parque Nacional, los Cafés).

Así, con la sola excepción de los versos de Ramón Cote, quien llega a idealizar los patios y la terraza de la casa de su infancia y aún se permite un instante de recreo con el paso de las niñas que transportaba el autobús escolar, los poetas de hoy día suelen tomar hacia la ciudad actitudes de extrañeza y de rechazo, las cuales se manifiestan en tres asuntos que ella inspira más constante-

mente en esta generación: una especie de escudo evasivo, hecho a base de provincianismo o de añoranza de la naturaleza, que defiende al poeta de la deshumanización; la nocturnidad, a menudo emparentada con los aspectos más sórdidos que hacen del poeta un marginal más; y la reflexión intelectual, característica de ciertos autores que con clara conciencia se valen de sus mitos, sus monumentos y sus lugares más representativos para elaborar una poesía crítica, y en la cual aparecen, no pocas veces con pedantería, los motivos que sobre la relación ciudad-poesía-modernidad registraron en otros momentos poetas como Baudelaire y T. S. Eliot. Las preguntas disyuntivas no dejan de aparecer entonces: ¿los albatros desterrados y los corazones baldíos han surgido en verdad de una necesidad expresiva concomitante a la realidad de Bogotá como ciudad moderna o, como tantas veces ocurre, son otra simple pose de los autores colombianos para estar a tono con la poesía de otros tiempos? ¿Es necesario nombrar los lugares de una ciudad para expresarla o, para esto último, es suficiente el simple hecho de compartir su espacio material y respirar su atmósfera espiritual? Estas dos preguntas plantean en últimas la autenticidad y la necesidad de la poesía, la cual no tiene nada que ver con la alusión directa o indirecta de los sitios en que ella nos asalta. Y, ahí sí, sólo el lector, en especial el lector bogotano, sabrá si esta poesía expresa en verdad sus esencialidades actuales.

He aquí, entonces, los poemas de esta generación atrapada en el tránsito de un siglo a otro. Ella, bien o mal, expresa no sólo la ciudad sino el país total con sus grandes falencias y sus débiles esperanzas.

Poetas nacidos después de los años sesenta

Alberto Eduardo Montenegro

El libro *Poemas* de este poeta bogotano, nacido en la década de los sesenta, fue publicado en 1997. Con variados temas, su poesía oscila entre asuntos cotidianos y recreaciones de asuntos históricos y artísticos (de autores de la música clásica, personajes ficticios y poetas, en especial), en los que no faltan los lugares comunes. La abundancia de imágenes que caracterizan gran parte de sus poemas, a menudo de carácter hermético, opuesta a la transparencia de algunos textos, parecen develar en ocasiones que más allá de una intención estética estamos en presencia de un estilo todavía en construcción. En el poema aquí seleccionado, Montenegro, quien cursó estudios de literatura, toma la voz de los mismos árboles (urapanes) para denunciar la deshumanización predominante en Bogotá.

Urapanes

Atrás de la sucia ventanilla los miro:
así será de triste la mueca de la tristeza,
así será el desnudo esqueleto del amor.
Con el canto de los pájaros se marcharon
–a otro lado–
dejaron el cielo limpio.

El cielo que buscamos es inmenso –de aire molido–
arrastrado por solitarias nubes implorando agua
y gotas de lluvia tiernos abrazos.
De allí sacamos con nuestros dientes la mesa
al servicio de afiladas bocas
y la puerta, el violín y la caja
que debemos ocupar...
Se marcharon en grupo
en silencio abandonaron
las calles de la ciudad
desterrados
y no nos dimos cuenta
de la hora
y no nos dimos cuenta
en qué momento nuestros sueños
se hicieron hollín.
Se marcharon solos...[61]

Hugo Chaparro Valderrama (1961)

Nació en Bogotá. Vive en esta ciudad. Estudió comunicación y se graduó en Filosofía y Letras en la Universidad de Los Andes. Fue director del Suplemento Literario de *El Siglo* en 1987. Ganó el concurso de cuento de la Universidad Nacional de Medellín en 1984 y el Primer Concurso Nacional de Crítica Cinematográfica en Cali, en 1987. En 1992 ganó la beca de Colcultura para la novela *La sombra del licántropo*. Ganó el premio Nacional de poesía en 1993 con su libro *Imágenes de un viaje*.

[61] Alberto Eduardo Montenegro. Urapanes. *Poemas*. Bogotá, 1997, p. 24.

La canción del asesino

Agotado de viajar por carreteras que ya olvidó
me pregunto si el rumor que hacen mis botas
es inútil y conduce hacia el cansancio.
¿Qué sucede? ¿Para dónde se han marchado mis recuerdos?
¿Acaso estoy tan solo que apenas los recuerdo?
El mundo es como un film que transcurre entre tinieblas
y apenas logro comprender si actúo en él
o si hay un público escondido que me observa.
Que se cruce en mi camino un ser virtuoso o un bandido,
me da igual.
Bien podría ser una dama o una prostituta
–¿o tal vez una dama a la que le gustaría ser tratada como
una prostituta?
Quién lo diría: siempre han sido para mí, más atractivos,
los perdedores que
los santos
aunque luego me fatiguen y me amarguen con su aire
desolado.

Lo que ahora me preocupa es la niebla que se abate sobre
el campo.
El frío y la ausencia de un amigo que lograra ahuyentarlo.
La última ciudad que visité ya hace parte de un pasado que
es ahora invisible
en la distancia.
Y nadie –o quizás una adivina, un niño o un borracho–,
podría asegurar que por allí se paseó, en otro tiempo, un
fantasma avergonzado.
¿Acaso estoy tan solo que apenas me recuerdo a mí mismo,
perseguido por mi sombra?
Ya no importa, no me interesa.
Tal vez me conmoviera si cantara un ruiseñor
–pero, ¿cómo era el sonido de su canto?–

Resplandor en la memoria

"La luz del pasado es un resplandor en la memoria",
afirma un pasajero agobiado por el largo traqueteo de los
vagones
y un insomnio persistente que le abre los ojos al recuerdo.
Más por compasión que por gusto y necesidad de entablar
con él una conversación,
lo escucho suponiendo que así halla consuelo.
"Y esa luz, su relámpago" –continúa–, el destello que
ilumina a las criaturas
del olvido,
invoca el sonido de los árboles en una casa que ya no
reconocemos,

el eco de unas risas que conmueven aunque flotan en
rostros espectrales,
las brisas que antes fueran como vientos tormentosos,
el ladrido de algún perro del que sólo capturamos
su forma de correr y sus colmillos.
Un paisaje que en la mente es tan difuso como el aire que
se ve
a través de la ventana.
Una niebla que se espesa mientras más nos adentramos en
su bruma
y nos muestra –o nos deja presentir–
la visión de un fantasma que acaricia dulcemente los
recuerdos
y sus viejas cicatrices,
nuestras emociones y todo lo que somos gracias a ellas.
Y lo único que importa, lo único que es en tal paisaje
como un cielo despejado, sin nubes o señales de aguacero,
es tratar de imaginar cómo fueron, algún día,
"las felices imágenes de siempre,
las que hacen del pasado un tiempo que celebra la esperanza
o la alegría o algo semejante –si usted quiere, la tristeza...",
me dice el pasajero con el suave desaliento de un murmullo.

"Todo aquello que se pierde, como yo, en una noche
habitada por reflejos engañosos".
Es entonces cuando veo, enfrente mío,
un espejo donde alguien repite mi figura, los rasgos de mi
rostro,
incluso el sonido de mi voz que susurra solitaria en un tren
que se dirige
¿hacia dónde...?[62]

Carlos Alberto Troncoso (1962)

Nació en Santa Marta. Cursó estudios de Derecho. Es autor de dos obras; *Libro de los metales de Alejandría y En una ciudad como azotea.* Esta última obra, conformada por poemas cuyo tema recurrente es la Bogotá sórdida de los bohemios, es un testimonio de la ciudad alucinada y demencial de fin de siglo, con un tono truculento en que a veces, el abuso con las imágenes literarias amenaza o destruye la eficacia del poema. Troncoso también es exponente de la corriente que opone la provincia natal idealizada a la metrópoli inhumana.

Navíos del siglo XV

La catedral de la ciudad está en restauración, maderos, mallas, andamios la recubren. Lo cual, en la alta noche cuando cruzo la plaza como un tonel sin fondo, con tres botellas entre pecho y espalda, produce pánico y terror ante mí. Parece uno de esos navíos que llegaron por estas tierras hace quinientos años, con maleantes y misioneros, con la peste y alimañas, con la Biblia y arcabuces; y Yo, temeroso de que desembarquen para saquear el oro de mis versos, para condenarme a la hoguera por no besar la cruz y tener afecto por Krishna. Temeroso de perder esta precaria condición de humano, la poca fe que me queda.

[62] Hugo Chaparro Valderrama. La canción del asesino; Resplandor en la memoria. *Imágenes de un viaje.* Bogotá: Colcultura, 1993, pp. 53-54, 59-60.

Las dos caras de la moneda
(Paneos)
Zona rosa (En una tarde como de primavera)
Paneo
I

La avenida coronada por el alto follaje de los árboles, de vallas que anuncian el lujo y el confort, las terrazas a la sombra de parasoles que en esta ciudad deberían ser llamados sombreros de aguas. Una mujer pasea un perro de algodón como si fuera una paloma, un hombre de pipa y gabán va con un libro bajo el brazo como si fuera un melón, los muchachos hacen maniobras en sus caballos de hierro deslumbrando con el brillo de los metales, de sus chaquetas, la música que sale de uno de los muchos bares (hecha como de humo y ceniza) parece que saliera del sueño de una mujer de plástico: quizás así sean los bulevares de París, Roma o Nueva York.

Y a unos cuantos kilómetros, en las goteras de la ciudad, los campos sembrados de estacas, de púas, de minas, de hambre. La Parca haciendo de las suyas.

Hombres de la calle nueve
(A cualquier hora)
Paneo
II

En la calle nueve nada se sabe del equilibrio de la balanza, el paisaje está hecho del desperdicio del lujo y el confort, los olores parecen inventados por el rabioso olfato de un personaje de Patrick Suskind. Y hay hombres que parecen ratas pero no como ratas que trotan en el sueño del comerciante, en el suculento sueño de un chino sino como ratas de iglesia, como ratas de ferreterías. Aquí los hombres son flacos, se les podría ver la estructura ósea, contarles las costillas, partirles un brazo como si fuera una rama del árbol del verano, pero poderosos de espíritu, fuertes de espíritu, como cualquier yogui, como cualquier faquir, como cualquier monje tibetano.

Que soplen, que se fumen todo el polvo que fabrica la máquina del aire, que hagan ceniza el mundo.

Viejo barrio

El viejo barrio sabe que por los corredores y salones de sus atormentadas casonas se pasean fantasmas de sables y espadas. Que en su techumbre crece, bajo el apogeo de alas de palomar del príncipe, un moho de montaña, cactus de siglos. El viejo barrio sabe de callejones por los que se pasea el brillo del puñal y el ojo del maleante, de bares y tabernas en los que se fragua un polvo de ángel, manjares del diablo. El viejo barrio sabe de muros que hablan sobre el amor y la muerte, de nocturnos paseos de Silva, de pañuelos al viento de Vargas Vila, de cantarina fuente de Quevedo.

¡Candela que arde en mitad del pecho!

En una ciudad como azotea

En una ciudad como azotea, con talón ardiendo, con cansada espalda, con temores de siempre, con noches de siempre; y un aire oscuro que llega de cerros oscuros, a estremecer recuerdos, a estremecer los sueños. Y la muchacha, la que ha sabido borrar con mano suave de mi opaco cristal un perfil de soledades, la que me ha dado de beber del secreto manantial de su cuerpo, la que amo como paisaje de la infancia. Lejos, en el valle del sol y del algodón, como canto de los mares, como su voz cuando brota del hilillo de los vientos.

La casa de Palermo

La casa de Palermo no posee ya el mobiliario de vasta historia, el salón de los gobelinos, los rostros de reproches de los retratos de la familia, el espejo que en noches tocadas por melancólicos gramófonos franqueara el corazón de una atormentada muchacha, el traje gris que desde el perchero simulara paseos por brumosos días de Picadilly y Circus, los impávidos sirvientes, el perro saltarín. La rueda del sansara gira como las nubes en el círculo del cielo. Donde ayer nevaba mañana podría salir el sol.

Porque hoy es casa del eterno festín, del bermejo fruto de la lujuria, del espumoso vino[63].

---

[63] Carlos Alberto Troncoso. Navíos del siglo XV; Las dos caras de la moneda; Hombres de la calle nueve; Viejo barrio; En una ciudad como azotea; La casa de Palermo. *En una ciudad como azotea*. Santa Marta: Erato Editores, 1998, pp. 19, 29, 33, 45, 51, 61.

Rafael del Castillo Matamoros (1962)

Oriundo de Tunja, licenciado en Español, Del Castillo ha promovido desde la revista *Ulrika* la poesía de las últimas generaciones. El tema de su poesía, unas veces explícito y otras subyacente, es la poesía misma que, concebida como un último refugio de los abandonados, se expresa en un lenguaje más bien directo y lindante con lo prosaico. En sus cuatro libros de versos: *Canción desnuda, El ojo del silencio, Entre la oscuridad y la palabra, Animal de baldío*, es recurrente la alusión a la Bogotá de los marginales, la de los apestados, prostitutas y poetas. Coordinador del encuentro de poetas hispanoamericanos que se celebra anualmente en Bogotá, fue galardonado con el primer premio en el concurso universitario de poesía Pablo Neruda en 1982.

Saludo

Yo soy el indecente
el que bebe en los oscuros prostíbulos
a los que ningún hombre de férreas convicciones
ha entrado o entrará jamás
soy el que cae bajo las mesas
mordido por la modorra del exceso
el que duerme sus dulces pesadillas
entre el ir y venir de las más hermosas prostitutas.

Soy el que yace como un lirón
como una rata envenenada
sobre cualquier acera
a la vista de todos
a la vista de la embarazada de unos cuantos meses
a la vista del niño que va rumbo a la escuela
durmiendo aún
negándose rotundamente a despertar
y así no ser ya más mi hermano...

A la vista del laborioso hombre de negocios
del que está a punto de morir de inanición
del que delira

del que planea robar un banco...
Bulto molesto para el que va de prisa
rumbo a una importante reunión de partido
y se ve obligado a tomar impulso
para salvar el obstáculo de un salto.

Yo soy el inmoral
el animal lascivo del que los buenos hombres
hacen bien en cuidar a sus tristes y fáciles mujeres
el orinado por los perros
el que saluda al universo
desde el abismo
"Astroso espeluznante
en fin
espléndido".

Poesía en la ciudad

El poeta se ha disfrazado de prostituta vieja
pide limosna escupe roba engaña
para dar alimento a sus palabras.
Pájaro en llamas en mitad del silencio
poema dando gritos
orinando
¿quién quiere saber ahora de palabras?

Este ciego observa cuidadosamente sus asuntos
este hombre que vive entre fantasmas
le predice el futuro.
Hambriento loco perro niño
escucha
sabe el diablo que músicas bajo los postes de
alumbrado
entre el batir de alas de los insectos más peludos
¿quién quiere saber ahora de palabras?

Cuando el sol aún camina por su casa despeinado
y en pantuflas

la calle más sola de la ciudad se abre de piernas
y el poeta entra en las alcantarillas
con su caja de caudales a cuestas
sin darse cuenta
de que hay versos que se le quedan en el aire...

Todas las mañanas
un hombre que sale metálicamente a su trabajo
es devorado por un poema hambriento.

¿Quién quiere saber ahora de palabras?

Gesta I

La niebla se arrastra por las calles
como perra por parir
pronto vomitarán las casas sus fantasmas
fantasmas tiesos que pasan con gran prisa
Fantasmas de animales prehistóricos.

La niebla está pariendo mi silueta
a punto de estar aquí:
Monstruo menor
perro sarnoso
perro de lanas de las putas.

Canción nocturna

La casa es, más aún que
paisaje, un estado del alma
Gastón Bachelard

I
Mi casa está en la infancia
en ese barrio viejo
y no la encuentro.
Nadie me toma de la mano
o me dice
mírala
aquí está aquí ha estado siempre.

II
En las noches de soledad y embriaguez
me pierdo
como un niño
en la ciudad.

Cuando a la madrugada
escuches a un borracho llamar a sus hermanos
no te inquietes
soy yo
buscando la casa de mis padres,
el corazón en bicicleta,
el corazón jugando entre recuerdos y fantasmas
a la lumbre amorosa del alcohol.

III
Todas las noches llueve sobre mi casa
allá en la infancia
y yo me asomo a la ventana:
un ebrio canta en la calle como un loco
el poema de amor del extraviado.
Mi madre
al descubrir quien es aquel que canta,
me abraza y llora
en silencio
allá en la infancia...[64]

Miguel Silva (1962)

Bogotano de nacimiento. Abogado. Silva es autor de la obra *La Oscuridad no viene desarmada.* Su poesía remite permanentemente al ambiente nocturno de la ciudad, que a pesar de sus peligros latentes, como en el caso del primer poema seleccionado, se presenta con nostalgia por ser ella la fiel

[64] Rafael del Castillo Matamoros. Saludo; Poesía en la ciudad. *Canción desnuda.* Bogotá: Fundación Simón y Lola Guberek, 1985, pp. 37-38, 61-62. Gesta I. *El ojo del silencio.* Bogotá: Ulrika Editores, 1985, p. 57. Canción nocturna. *Entre la oscuridad y la palabra.* Bogotá: Letra Capital, 1991, pp. 11-12.

compañera de los descubrimientos y euforias de la adolescencia. Se trata de una poesía autobiográfica que a veces se queda en la confesión intima, sin hacer tránsito hacia lo universal. Su labor pública y su profesión han marcado los derroteros de su creación poética. Transforma sus impresiones de la vida nacional en imágenes donde mezcla los sucesos cotidianos de miseria y violencia con fuerzas de la naturaleza como el mar, los volcanes, la noche el invierno y sus tormentas. Miguel Silva opone las pequeñas esperanzas cotidianas al gigantesco monstruo (la violencia) que devora "la risa de los pueblos".

El Dorado

Las mañanas abren un nuevo mundo
lleno de flores y miseria. Nuestros
antepasados despiertan y afilan sus espadas.
Cada día encaminan su suerte hacia El Dorado,
mientras la violencia caza mariposas
en las calles y suenan sirenas que llaman
al trabajo
a todo aquel que sobrevive a la mañana.

Atardecer

La violencia devorando a la risa en los pueblos
donde la Cordillera es apenas un manto de
neblina.
El atardecer: una bomba de petróleo.
El país devorándose a sí mismo.

Bogotá

Enero.
Hijos de una generación que desconoce la
guerra
y la austera disciplina que imponen las
tragedias colectivas,
salíamos a la calle y dejábamos
que la ciudad nos impusiera su impaciencia.

Ángeles callejeros de alas arrugadas,
fuimos siempre más tristes que los seres tristes.

Esperanzados,
todo lo dimos en busca de una mano abierta,
todo lo apostamos a esa ciudad que se hacía
mujer
entre partos dolorosos y rojas invasiones.

Enero.
Comenzaba el año
la vida era nueva en nuestros ojos.
Creímos en el hombre,
en su mano sabia para trabajar la tierra,
en su alegría.
Yo fui uno de los cegados
por la luz canicular de la ciudad nocturna.
Fui perseguido por los guardianes,
por duendes insolentes que patrullaban las
calles en busca de la vida,
por los perros de la defensa
que querían robarme la sonrisa.

Pero nunca me alcanzaron.

Bogotá fue mi única mujer,
mi compañera.
Nuestro hijo,
esta paciencia que me protege de los siglos.

Sombrero negro, el hombre

Porque lo bello no es más
que el inicio de lo terrible, que
todavía apenas soportamos,
y lo admiramos tanto porque
serenamente
rehusa destruirnos. Todo Ángel es terrible
R. M. Rilke
Elegías del Duino

Las noches de la lluvia son las más hermosas.
La gente camina con prisa, poniendo a salvo
su corazón
del agua, las luces rojas bailan en el espejo
de la calle:
ah, los hombres son ángeles muy tristes.

Al llegar a casa el hombre del sombrero negro
no saluda al perro. Un niño pequeño se
confunde
entre los muebles y la frustración de las horas.

A todos les llueve la noche en la sonrisa,
larguísima.

Los minutos se ahogan afuera, en los charcos
donde otros niños duermen
sucios,
como todas las estrellas de esta noche.
Ah, toda nuestra paz, la que nos han dejado,
está hecha de lluvia.

Abajo en el billar se escucha la lluvia
bajando por las canales y golpeando el piso.
Cuando alguna ha zarpado de sí mismo entre
alcoholes
y se enfunda en su amargura al abrir la puerta,
el agua da su aviso, entra y toma asiento.
Nadie dispara o despica una botella. Haya paz
los viejos amigos terminan el juego un poco
más temprano,
no hay razón para gastarse, perra suerte, país
insensato
y la noche no está para largas despedidas.

Hasta otro, si Dios quiere: la lluvia abre su
mano

y arrastra al caminante. Llueve adentro de los
buses
y al lado de la ventana rota un pasajero
invisible y gélido cuenta a los viajeros.
Arriba, en el páramo, la noche se llena de
sonidos.
Los dioses juegan en su laguna y cantan una
extraña letanía:

"Cuando llora la tórtola cantan el bichero y
la lechuza
de la noche ¿Creéis que es para moriros vos
o alguno
de vuestra casa?"

Cuando éramos jóvenes leíamos toda la noche
y la lluvia pronosticaba una mañana
fría en los salones, café caliente y política,
la mañana detenida,
la hermosa de antropología en la mesa del
rincón
el país posible en nuestras manos.

Es como los hombres, esta ciudad.
Se hace grande, se confunde, se excita,
se horroriza con su rostro en el espejo de la
lluvia.

Desde los durmientes se ve la Iglesia
y al oriente desaparecen las montañas.
Yo camino bajo la lluvia, en compañía
de mis ángeles deslustrados, ebrios
de oscuridad.
Tras una ventana se ve el fuego
haciendo sus juegos ancestrales.
Una flauta dulce nos trae mensajeros
de pies desnudos a través de la Cordillera

con noticias del Maíz y la llegada de los
blancos.

Hoy me duele la existencia
y no tengo hogar sino esta lluvia
fría que me moja el rostro
y todos estos ángeles caídos
y muertos los amigos de la infancia
y toda la tristeza.

Los ochentas

Nadie vio que llenábamos el mundo con pasos
sigilosos.
éramos muy jóvenes, agredía la risa
que vestíamos y era canto: todos se asustaban.
Fuimos nosotros los que conquistamos esta
ciudad
Que les abrió el pecho a nuestros padres
con sus manos iracundas.

Nuestras mujeres izaban una bandera negra
al comienzo de la tarde
y como un ejército de plantas tenebrosas
llegaban de mañana con una risa desbocada.

Siempre el amor equivoca los caminos.

Las palabras que nos sembraban a la vida
se fueron convirtiendo en agua, lentamente
y marcados por la peste que nace de los sueños,
nos vimos arrojados a esta ciudad
que se alimenta del tiempo escaso
que nos queda en esta tierra.

El ángel de la guarda

1

Comienza la guerra
y detrás de las ventanas
el amor se arma hasta los dientes.

2

Hoy el país es más oscuro.
Quienes lo saben alimentan
un sol pequeñito en el bolsillo.

3

Se caen los puentes
antes palabras: ahora gritos.
No es fácil transitar de un ser humano a otro.

4

El instante deja caer
su vestido de lluvia.
Tú traes a casa el sol lleno de tarde.

5

Te regalo la música.
La noche abre un olvido
mentiroso algunas horas.

6

En otros países.
Más allá del mar.
Llevas esta guerra dentro.

7

Todos exorcizando dudas.
Tomando posiciones.
Las verdades ocultas callan.

8

El país
golpea mi puerta.
Cuando la abro él grita horrorizado.

9

Toda esta miseria.
El invierno arropa de barro
toda esta miseria.

10

Voraces los hombres,
las palabras que dividen,
los días que arrastran a sus muertos[65].

Ramón Cote Baraibar (1963)

Nació en Cúcuta. Cote es autor de los libros *Poemas para una fosa común, Los fuegos olvidados* y *El confuso trazado de las fundaciones.* Aunque los títulos de estas obras denotan ostentación, y a menudo los versos que las componen se tornan imbricados, en la poesía de este autor aparece también un tono coloquial que a veces llega a la total espontaneidad, como en el caso del "*Poema que recuerda a Carl Sandburg*". Radicado desde su infancia en Bogotá, Cote presenta una visión amable y, en cierto modo, nostálgica de la capital, acaso singular entre todas las que componen este apartado.

Espacios de Bogotá

Para Ana María

I. Ciudad Involuntaria

La larga uña de lo precario traza con precisión amarga el límite de los patios. Patios incontables que definen con su gesticulante ejército de rejas su presencia en las calles, patios interiores donde encuentran asilo dolientes reyes destronados. Allí crecen familias que se acostumbraron a la proximidad de las ortigas, al sometimiento gris de lo sobrante, al inesperado crecimiento sobre las tapias de unas rosas adúlteras. Nunca el pasto había trepado de esa

[65] Miguel Silva. El Dorado; Atardecer; Bogotá; Sombrero negro, el hombre; Los ochentas; El ángel de la guarda. *La oscuridad no viene desarmada.* Bogotá: Simón y Lola Guberek, 1992, pp. 32, 34, 40, 45-48, 53-54, 65-67.

manera para exigirle a las cosas la más pura expresión de lo doliente. Mínima vastedad permitida, escasas paredes oprimidas por el abrazo de unas hortensias imprudentes, rasgos precisos de una ciudad involuntaria.

II. Patio interior

Tardó mucho tiempo el sol en atrapar el último patio, aunque mayor dificultad la tuvo el viento. El lejano parentesco con la lluvia estableció a lo ancho del patio la desolación de los mudos y a lo alto, la dificultad de los ciegos. Las pesadas sábanas regresan suplicantes después de sus expediciones en busca de aire. Pasa la tarde por encima del patio y una espuma implacable impide responder a la alberca el desafío del cielo. La campana del camión del gas retumba en la corpulenta pareja de cilindros, dejando en el metal una vibración nerviosa que recuerda a la alegría de la salida del colegio. Sobre los muros la humedad ha dibujado las caras de un tribunal abolido, y el eco, el eco de un balón rebotando, hace que sus voces despierten y le recuerden a un niño hasta el final de sus días el más sórdido memorial de agravios.

III. Terrazas

Así trazaron el Paraíso y lo cercaron con amenazantes restos de botellas que hicieron retroceder definitivamente a los ángeles. Como una alineada dentadura, los vidrios anticiparon la verdadera dentadura de los perros que ladran sueltos de un lado para otro, proclamando la posesión de ese vasto dominio. Pero no todo era rudeza, la inocencia elevó su cometa en las terrazas y los niños subieron los domingos a contemplar el pesado despegue de los aviones y vieron surgir de los rígidos uniformes los bultados instrumentos de las bandas militares. Las terrazas tienen algo incondicional con la aventura y en días de sol obligan a colocarse una mano encima de las cejas para ver a lo lejos una maravillosa ciudad desconocida.

Sobre la tumba

Reposa el cielo mansamente
amenazante. Tu sombrilla recoge
la voz del agua breve
que se destila con misterio entre las losas,
separadas por una línea áspera
donde la ausencia se quiebra las uñas.
El cementerio central está solo
y ha llovido antes;

el aire acude a nuestros pulmones desde abajo,
y sube envuelto en la humedad de las piedras
de los bancos mojados,
parientes imprevistos, suman
muertes a la muerte ignorada.
(Ahora me acuerdo, buscamos
la tumba de Arturo, vanamente).

Hay ocho losas y cuatro cuerpos,
dos ánforas negras sin brillo, hundidas
entre los nombres; no hay flores, solo abandono
y dos puñados de migajas;
los pájaros buscan entre los intervalos de la lluvia
su alimento, aleteando entre dos pinos
bajos, verdes a pesar de todo.
Es la tumba, Helena, de tu madre, un domingo
de marzo, como a las cinco de la tarde.

Poema que recuerda a Carl Sandburg

Ayer
un bus con delgadas líneas
verdes
pasó por la carrera trece
con las ventanas
caídas en desorden,
como las medias de las niñas
al salir del colegio.
Se fue con el viento
elevando a todo lo largo
una canción de risas,
de apresurada y espontánea fugacidad.
Fue lo más dulce
que pudo tener alguna vez
las dos de la tarde[66].

[66] Ramón Cote Baraibar. Espacios de Bogotá. *El confuso trazado de las fundaciones*. Bogotá: El Áncora Editores, 1991, pp. 55-57. Sobre la tumba; Poema que recuerda a Carl Sandburg. *Poemas para una fosa común*. Bogotá: Simón y Lola Guberek, 1985, pp. 17-18, 27.

Óscar Torres Duque (1963)

Nació en Bogotá. Diplomado en estudios literarios por la Universidad Javeriana. Además de *Visitación del hoy*, obra con la que ganó el Premio Nacional de Poesía en 1997, Torres es autor del poemario *Manual de cultura general*. En el campo literario también se desempeña como profesor de literatura y ha incursionado en el género ensayístico, en el que también ha sido galardonado en dos ocasiones en convocatorias de los Premios Nacionales de Literatura. En su poemario *Visitación del hoy,* del que hacen parte los textos aquí seleccionados, se nota una constante entre dos formas de concebir la poesía; la primera, cuidadosamente elaborada, y, la otra, cercana al prosaísmo. En ambas formas se perciben preconceptos intelectuales y reflexiones acerca de lo que debe ser la poesía en la modernidad. La visión que este autor nos presenta de Bogotá coincide, naturalmente, con estos preconceptos.

CIUDAD QUE NO TIENE FARO y sin embargo
ciudad célebre de amontonar basuras,
oler de frío a mercaderías descompuestas,
vértices y pórticos que apestan a orines
y a refugio de pordiosero que se prodiga
en artes y trucos, símbolos de ella, la ciudad.
La de Moro y la de Agustín de Hipona,
Creta vaciada al Minotauro del miedo,
Babel y cínica ciudad Atenas del Sur:
en sus muros sórdidos leemos nuestra cultura.

DESDE UN vigésimo piso
la ciudad ofrece su costado más otro;
escalando las colinas bajas del sureste
el barrio surge como un ghetto marroquí mediterráneo
o como el rincón más olvidado de Jerusalén.

Desde aquí,
donde un capital se fragua
y se administra al bestiario
de elementos desconocidos,
vigésimo piso, ventanal de soplo zumbante,
la ciudad imagina otro destino,

deslustra sus calles bélicas
y cae en la nostalgia
de la que nunca fue.

Imago

Las estatuas que invisten nuestras plazas públicas de un colectivo asombro heroico que nos obliga a jugar con las palomas. Sus veteados bronces que observan cautelosos la marcha del soldado y la euforia de la huelga, mientras el muchacho apunta en su cuaderno sucio la inscripción que los sopesa, para cumplir con la tarea de historia patria.

Y muchas otras glorias de nuestra historia –estatuas, bronces, inscripciones– pasan ya del estadio heroico, culto, épico al estadio agiológico, bárbaro, gestual, barroco. Poética regresión.

ESTAMPIDA DE PIEDRAS se desploma el edificio.
Detenidas en ese instante
una masa de carne aplastada por un capitel
y la mirada privilegiada de un chiquillo
que mañana podrá contarlo.
No hay mañana. El silencio es negro
y deja en la humareda un rastro de hombres
esforzados que vivieron hasta muy hondo
tan solo ese instante de sus vidas.

Todo prepara la muerte:
la caricia, la góndola, el taco de dinamita;
el amor embalsama
y el verdugo ronda coqueteando.

Ojo abierto al disparo contra el paredón
el piloto que mira de soslayo al hongo
el fanático que espera paciente su turno
para tomar el arsénico.
Sólo el milagro nace de la postrer lucidez.
Ante el horror,
la esperanza esquiva el tiempo
y nombra, en lo invisible, al hombre.

VENGAN A VER este laberinto de puestos de mercado flotando
entre lodazales
vengan a ver este maremágnum de frutas y de hierbas,
de animales despellejados y por despellejar,
de colores y olores,
de mugrientas personas que hacen sentir la sapidez de un fruto
con solo tocarlo y ofrecerlo.

Esto es la naturaleza
–si ella en esta ciudad no vive–,
–la negación más fértil de cualquier paisaje:
–no existiría si el barro no toca los costales
si la tierra no amenaza la tela de las ropas,
si la verdulera no te tira su palabra y te sonríe muecamente.

Hoy quiero manosear yo mismo una lujuriosa coliflor
y escoger dos libras de tomate para la oxidada balanza.
–¡Mira!–. Es bello compartir los descubrimientos
y ser adelantado al borde de un arrume de ciruelas gigantescas.
También la decepción: ¿quién pica la papa criolla,
Dios, el bicho o la ley natural?
Que queda para mazacote de empanadas,
yo busco otro tendedero.

Y qué decir del sangriento espectáculo de las carnicerías,
metáfora del sacrificio natural que siempre impuso
la evolución de las especies:
aquí surge escuálido un sonrosado costillar, allí gotea un exu
berante centro de cadera;
casi me mancho con el mucilaginoso hígado, mientras diez ás
peras lenguas amenazan con lamerme, como en cual
quier círculo dantesco, urgidas por su propia fuerza.
Algo mareado por el hedor natural de semejante exhibición,
me detengo en un pasillo y se me aparece la Víscera
lo nacional, el de este país amado que millones de ve
ces pronuncia la palabra «Paz» en el día, y por cuyos
ríos de sangre escurren, sobreaguan otras carnes menos
comibles.

¡Oh Sacra Víscera que enseñas al mundo tu herida, tu luz y tu
fuego!: haz que también esta muscular orgía
ávida de hachuelas y cuchillos,
simbolice algo así como la paz, la riqueza interior, la salvación,
aunque tanta bendición sea a costa de tu sacrificio,
de tu sangre derramada para el más sabroso banquete.
Y que el muñón del quesero y su ojo de vidrio y su bigote
sigan siendo imagen de una pulcra y rica destreza
a la hora de recibir yo sus dádivas en queso campesino
y jamón de cordero
...Y que no sea otro el cordero.
Amén o en fin.
Que la carne no sea carne de sacrificio
sino dulce carne para asar, soasar, fritar o sudar.
O dulce carne fría.

Dicha la plegaria,
las bolsas pesan arrobas en el interior de la talega grande.
Llamamos a un niño cargador y,
para mi asombro,
intenta con todos sus cojones echarse el bulto a las espaldas,
(ecce homo, es éste el sacrificio).
Medido su límite se aleja en busca de un "carro"
y pronto está de regreso para conducir nuestra carga-tesoro.

Hay que volver
siempre hay que volver a una plaza de mercado.

Tristeza y redención del suburbio

Se anuncia
con una canción monótona,
un silbo en una calle vacía,
el goteo de una llave sola
en un patio poblado de yerba.
Luego se sueltan los sonidos
y el silencio se rasga
como una tela húmeda.

Es la hora en que regresan
los hombres del suburbio.
Con la boca fruncida,
con los ojos cansados
de no mirar nada,
entrecruzan los pasos
ajenos a la vida.

Van dejando en las calles,
en las aceras rotas
por modestas pasturas
en los umbrales sucios
de partidas y ausencias,
bajo los tristes puentes
que se levantan como cejas tristes,
van dejando su silencio de luto,
el mosto amargo de un día
ya gastado, inútil, rencoroso.

Sería el fin, si el suburbio
no se alzara
para oponer al desamparo
los pájaros últimos
–que la noche esconde–,
el gato que juega con su ocio
bajo el dintel de las tiendas,
los perros tendidos en las calles:
manchas de realidad sobre el asfalto,
y el parque, tan paciente,
con los árboles que alargan
sus sombras como brazos amigos,
el barro familiar a los pies
de un jardín donde crecen las flores
distraídas y ciegas, el terreno baldío
con su desordenado e imprevisto orden
ya una anticipación de los sueños.

En la diluida luz de la tarde
ponemos a lavar nuestra memoria,

la exprimimos de catástrofes,
de súplicas no atendidas,
de tedios que el amor no amenaza,
y como una camisa limpia
recupera el color de la leyenda.
Con el repertorio insolente
de placeres esperados
y obtenidos, las palabras
también retornan de su exilio
y los gestos se libran
al contacto del mundo.

No es inútil volver
si nos espera este conjuro,
si sobre el paisaje de la costumbre
se abre esta ventana
y en una brisa suave
o en un viento sin cauce
deja escapar los instintos

*

Con un lento, pausado sorbo
el ocaso apura la copa de luz,
derrama las últimas gotas
sobre los tejados del suburbio.

Entrego mi sombra a la noche
como se devuelve un préstamo.
Busco una puerta en la calle.
El sueño busca una puerta en mí[67].

[67] Óscar Torres Duque. Ciudad que no tiene faro; Imago; Estampida de piedras; Vengan a ver; Tristeza y redención del suburbio. *Visitación del hoy*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 1998, pp. 37, 39, 41, 43, 45-47, 51-53.

Octavio García (1963-1998)

Estudió Literatura en la Universidad Nacional de Colombia, carrera que no alcanzó a terminar por su prematura muerte. *De huesos y ceniza* es el titulo de la obra póstuma de este poeta bogotano, que desde el poema aquí seleccionado, ya presentía el silencio definitivo que le permitirá admirar las verdaderas fuentes de luz, hoy apocadas por el reflejo de las luces artificiales de la ciudad. En su poesía lacónica e intensa, como su propia vida, García nos legó unas palabras luminosas e imposibles de obviar para quienes deseen develar las claves de este momento transitivo hacia el nuevo siglo.

MIRO HACIA EL CIELO y no sé si las luces que veo brillar
son estrellas o son el reflejo de las luces nocturnas de
la ciudad. Quien mira hacia arriba, quizá aspira al
silencio; aquel «silencio cósmico» que aterrorizaba a
Pascal, y que hoy, solo los astronautas entiende.
Quien mira hacia arriba, aspira a encontrarse en el
tiempo en que las estrellas apenas comenzaban a
crecer[68].

Samuel Serrano (1964)

Aracataca (Departamento del Magdalena) es el pueblo natal de este poeta, periodista de profesión. Se estableció durante varios años en Bogotá donde estudió Filosofía y Letras en la Universidad Santo Tomás. En su obra, *Ritual del Recluso*, cuya elementalidad colinda con lo precano, aparece en forma reiterada la oposición *provincia-ciudad*, en la que lo provinciano, ligado a los recuerdos de infancia, es el refugio íntimo y la cantera de la que surgen los motivos de la poesía. Con esta obra ganó el primer premio de poesía Tiflos en España, 1995.

Sonata de la lluvia

Cuando era niño,
sentí la lluvia con fruición
era un ángel bienhechor dispensándome de la escuela,

[68] Octavio García. *De huesos y cenizas*. Bogotá: El Astillero, 1998.

regalándome las mejores tardes,
la libertad de consagrar a mi barco de papel
como el mejor bajel de la barriada.

El tiempo todo lo trueca,
y de su mano he llegado, a cultivar esa conciencia
milenaria del juglar, que oye y cree interpretar
la sonata de la lluvia.
Hoy en mi habitación, escucho su rumorosa voz,
sus barcarolas de amor,
sus tragedias y su llanto.

Pienso,
de amor ha de hablar al que se encuentra seguro,
al que sabe que su escudo resistirá la tormenta,
y decide mientras oye su canción en el cristal,
soñar, amar
o pensar que lo aman y lo sueñan.
Pero sé que a ese otro,
al que trata de salvaguardar sus hijos en la inundada
covacha,
al que implora esperanzado porque cese de llover
en su inestable vivienda,
habla con voz de caverna
y anuncia su destrucción.

¡Qué paradójica encuentro a esta sonata del agua,
como un bálsamo en el cuerpo,
como un cuchillo en el alma!

Carcelero del mar

Diciembre zamarreando los almendros en el patio,
la melancólica dulzaina del afilador
una campanilla diluida en el aire,
un barquillo que sonríe en mi boca,
el pregón de las palanqueras que saloma la tarde,

el arrullo de las palmas,
el pintado dominó donde amasamos la abulia,
el zapateo de un cuchillo contra el peltre
y el sabor de la butifarra y los mariscos.
¡Cuánta reminiscencia,
cuánta nostalgia,
has traído a mi oído,
rosado caracol,
carcelero del mar,
en esta fría tarde
de la capital![69]

Antonio Silvera (1965)

Nació en Barranquilla en 1965. Estudió Literatura en la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá. Fue elegido para participar en Foro joven, Málaga, España en 1993. Para varios de sus amigos aquí en Bogotá, Antonio es el costeño más tímido que existe. De pocas palabras en público, las páginas de los dos libros que ha escrito (*Mi sombra no es para mí* y *Edad de hierro*) están hechas con unos de los mejores versos cultivados actualmente en Colombia. Lejos de los experimentos verbales que ya no dicen nada a los actuales lectores de poesía, su obra es la de un hombre que aún cree necesario convertirse de alguna manera en cantor de su pueblo, antes que en escribiente de oficio. Por ello, sus poemas nacen de los recuerdos de infancia, de sus vivencias cotidianas, de su esposa y de su hijo.

Este poeta se abrió paso en el campo editorial y en la docencia universitaria, siendo uno de los gestores del grupo editorial El Astillero. Motivado en gran medida por la temprana muerte de su amigo Octavio García, se ha convertido en difusor de jóvenes nombres en la letras nacionales. Hoy en día reside en Barranquilla, donde busca multiplicar su labor editorial y académica.

A veces

En la agónica tarde de la ciudad avara,
mientras con el fracaso a cuestas,

[69] Samuel Serrano. Sonata de la lluvia; Carcelero del mar. *Ritual del recluso*. Bogotá: Ulrika Editores, 1991, pp. 111-112, 114.

regresamos a casa
ensimismados,
al cruzar una esquina de alguna calle anónima,
jubiloso y jadeante
salta de pronto un niño,
que evade nuestro cuerpo
con su aro.

Y el aire,
que con su alegre carrera desplaza,
nos despeina.

A veces.

Involución

y qué duro si un ser debe volar y proviene de un seno...
R. M. Rilke

La piedra perenne
devino árbol milenario.
El árbol milenario tornóse
tortuga secular.
La secular tortuga
derivó en hombre;
mujer;
pez;
pájaro;
insecto...

En la ardua cadena
hacia la levedad
está claro que el hombre
es un ser intermedio.

Comprende entonces su estado actual:
ya desvanecido
el sutil elemento espiritual

se manifiesta plena su añoranza,
su inclinación terrena y pesada
que lo regresa al reino mineral:
la máquina, el metal, el hormigón.

Pájaro

¿De dónde viene el pájaro,
de qué materia ajena
a nuestro barro fue creado
que aun alicaído
y con las plumas sucias de hollín
se posa sobre el árbol desgreñado
de la autopista y canta? (31).

Para cantar

Para cantar como los pájaros
hay que levantarse con la aurora:
antes que el cielo sea mancillado
por el humo de las fábricas.

Después, si no se está enamorado,
el mundo no vale la pena (90)[70].

Campo Ricardo Burgos López (1966)

Graduado en Filosofía, ganó el Premio Nacional de Poesía en 1993 con su poemario *Libro que contiene tres miradas,* galardón que compartió con el cartagenero Rómulo Bustos y el bogotano Hugo Chaparro Valderrama. Concebida a partir de una parodia de la Santísima Trinidad (Dios, Hombre y Palabra), esta obra de Burgos López posee cierta originalidad en el mundo de la poesía colombiana contemporánea, poco dada a la reflexión y al misticismo, en todo caso paródico, pero de alcances irregulares por la

[70] Antonio Silvera. A veces; Involución; Pájaro; Para cantar. *Edad de hierro* y *Mi sombra no es para mí.* Bogotá: El Astillero, 1998, pp. 13, 24, 31, 90.

contención, a veces inapropiada, que caracteriza este libro. No hay una alusión directa al paisaje urbano ni a la atmósfera natural bogotana, pero sí una apropiación de un elemento que caracteriza al habitante de la capital: la contradictoria soledad del hombre masificado, que lo convierte en un ser paranoico.

Sin título

A medida que aumenta la angustia los hombres se tiñen de gris como esas ciudades que habitan. Con aire de exequias pobres levantan las piedras mortuorias y descienden a las fosas sepulcrales. Desganados se acurrucan sin propósito cierto en ataúdes incrédulos, verifican que las cucharas no les acompañen y luego –muy solos– se tienden allí para acrecer con su silencio la paz vidriosa de los cementerios. Al comienzo –y vale la pena reconocerlo– la adaptación es difícil. Alguna rata deprimida de cuando en cuando corretea el ombligo; algún sepulturero levanta la tapa para comprobar si todavía están vivos; algún día se filtra la lluvia y moja la neuralgia; se equivoca de camino alguna flor y amanece plantada en la boca. Pueden acaecer muchas cosas en realidad. Aún así se sabe que tras húmedas jornadas el sueño ya no admite réplicas. Un día el acostado constatará un fémur que se le ha dormido; otro, un riñón y un atado de poros que le han seguido. Al final se correrá el sopor y el corazón –sumiso– franqueará también la puerta del fantasma. Un velador que sostiene haberlo visto asegura que es entonces cuando los trabajadores, entre arbustos frescos de los jardines del camposanto, descubren fetos nuevos retoñando.

Salgo a la calle

Salgo a la calle y todos me señalan con el dedo
Intento no hacer caso y entro a una cafetería sólo para comprobar
lo inútil de mi huida:
Aquí todos continúan señalándome con el dedo
Molesto escapo a cine pero nada vale:
Entro y el público me señala con el dedo
No ve la película sólo por apuntarme más
Harto de miradas reprobadoras y de gestos enfadados de nuevo corro
a la calle pero en vano:

Ahora no sólo la gente me señala, también lo hace el sol,
la lluvia me está marcando con sus gotas
el pavimento grita porque lo estoy pisando[71].

John Galán Casanova (1970)

Antioqueño de nacimiento, Galán se dio a conocer por medio del poemario *Almac n Ac sta*, con el cual ganó el Premio Nacional de Poesía Joven, convocado por Colcultura en 1993. En su obra son relevantes las figuras cotidianas y familiares, las cuales se presentan a través de un lenguaje ligero, despojado de las imágenes convencionales, a veces con excesos que trivializan el sentido del poema. Galán, que cursó estudios superiores de Literatura en Bogotá, dedica una parte del libro citado a los personajes que frecuentan los parques (niños, ancianos, novios, amigos y obreros).

Los hombres que envejecen en los parques

alimentan las aves con reverencia.

Para ellos son siempre recientes,
criaturas del espacio, no del tiempo.

Les encanta sobre todo
esa indiferencia en que viven,
el desparpajo con que añaden al viento.

Sus manos tardías
semejan pájaros
en el breve movimiento
de arrojar las migajas de trigo.

Las palomas
como los días
acuden a picotear de sus dedos.

[71] Campo Ricardo Burgos López. Sin título; Salgo a la calle. *Libro que contiene tres miradas*. Bogotá: Colcultura, 1993, pp. 43, 54.

La alegría de la niña
La alegría de la niña
vuelve cada vez
que el anciano la balancea.

La pequeña silla de madera
concilia cada mañana
los extremos de la vida.

Qué mejor recinto para la amistad
Qué mejor recinto para la amistad
que las bancas de nuestros parques.

Hablo por ejemplo
de la curtida amistad de dos mujeres
que acostumbran callejear la vecindad,
se recogen en el parque a descansar
y aguardan
mientras una dormita
sobre el hombro de la otra.

Van y vienen
Van ajenos a los niños, los ancianos, los otros,
pobladores familiares del lugar.

Para ellos
el parque representa apenas
un abreviar el tiempo
hacia el sitio de sus ocupaciones.

Atestiguan de su constancia
los atajos anegados de la lluvia en el invierno
y el concierto tácito
de sus pisadas
imprimiendo nuevas fisuras
sobre la tierra.

Las noches del solsticio
Las noches de solsticio
hombres provistos de telescopios
acuden al parque
para negociar con la gente
que quiera mirar las estrellas.

Pocos desdeñan
la humana fascinación
de fisgonear por el ojo
de la cerradura celeste.

Los obreros patean una pelota
Los obreros patean una pelota de trapo.
Sus mujeres van llegando
con los portaviandas tibios
y la partida se dispersa en parejas
que se apoyan en los troncos de los árboles.
En un banco de cemento,
la muchacha de blusa y tacones
revisa un maquillaje;
se tarda con su expresión tonta
de los que esperan
Se pregunta:
¿Qué hacer ahora con los ademanes,
las frases y los gestos de amor?
Al cabo,
resuelve cargar con todo
y, tras un muchacho que porta una enorme cometa,
parte en busca de mejores vientos[72].

[72] John Galán Casanova. Los hombres que envejecen en los parques; La alegría de la niña; Qué mejor recinto para la amistad; Van y vienen; Las noches del solsticio; Los obreros patean una pelota. *Almac n Ac sta*. Bogotá: Colcultura, 1993, pp. 45, 46, 47, 48, 49, 50.